

ARQUEOLOGIA Y COMUNICACION

MIGUEL ANGEL GARCÍA GUINEA

De todos es sabio, y por ello no pretendo más que señalarlo como inicio de esta ponencia, en una reunión de base eminentemente medieval, que la arqueología medieval viene planteándose, como fuente de comunicación histórica desde hace sólo muy pocos años, debido creo a dos razones fundamentales. La primera que el interés por la excavación de yacimientos fue dirigida en los comienzos de la técnica arqueológica hacia las culturas clásicas y orientales intentando desvelar aquellas civilizaciones que el pensamiento renacentista y neoclásico había tomado como símbolo y raíz de su propia idea estética. Realmente los aparatosos hallazgos del mundo homérico, egipcio y mesopotámico llenaron el interés de la arqueología incipiente y desbaratadora de los siglos XVIII y XIX y agotaron las posibilidades que un número todavía reducidísimo de coleccionistas y anticuarios podían tener. El mundo medieval quedó durante estos siglos minusvalorado y huérfano de atención, salvo la etapa romántica que es la primera que, a finales del XVIII, y como contraposición al racionalismo, exalta lo emocional y siente, aunque fuese con un tinte poético y no científico, el intento de conectar con los ideales estéticos de la Edad Media. Pero la historia medieval seguía prisionera, salvo elocuentes precusores, de su falta de cientifismo y envuelta en las brumas de las sagas y de las tradiciones. Y si la historia no había encontrado, pues, su camino realmente moderno, difícil es concebir que pudieran aplicarse a ella métodos arqueológicos. La segunda razón de este retraso en la utilización de las excavaciones en el panorama medieval podría ser el carácter o dirección artística con que en general la arqueología comienza que, aún aplicada al mundo clásico, inicia su caminar más preocupada de contribuir a la historia del arte que al propio conocimiento general de la historia del hombre. Por ello el primer interés de lo que podríamos llamar pioneros de la arqueología medieval viene determinado en el siglo XIX por una preocupación artística y arquitectónica hacia el monumento todavía existente y visible y para ocuparse de la armadura del edificio y de su decoración monumental. Y las excavaciones que en estos monumentos pudieran realizarse tenían como única finalidad el hallazgo de vestigios escultóricos o de otra clase pero siempre sostenidos y tratados bajo el punto de vista artístico, y nunca con un criterio arqueológico o histórico. Hicieron sí, magníficos inventarios, que aún pueden utilizarse, pero jamás, aún cuando por ejemplo ya a mediados del siglo XIX se creaba en el British Museum un departamento de antigüedades medie-

vales, estos pioneros arqueólogos de la Edad Media utilizaron métodos tan precisos y científicos como entonces ya estaba iniciando la prehistoria.

Las técnicas modernas estratigráficas —hoy indispensables en cualquier trabajo arqueológico de campo, incluido el medieval—, fueron utilizadas con finalidad histórica por los prehistoriadores, que las recogieron a su vez de los geólogos. Luego se extendieron al mundo clásico y antiguo en general, y finalmente, como sabemos, hace muy pocos años, quizás no más de treinta (y mucho menos en algunos países) pasaron al mundo cultural medieval (1). Pero la rapidez con que la arqueología de la Edad Media viene progresando y aplicándose es tal que ya nadie duda de la necesidad de este apartado temporal en el general ámbito de la ciencia arqueológica moderna y el término «arqueología medieval» ha tomado ya suficiente cuerpo e importancia como para haber obligado a la creación de cátedras con este título —e incluso a veces de períodos más reducidos—, en el panorama investigador de las universidades o centros arqueológicos mundiales. Ningún trabajo histórico que se precie de serlo puede ya prescindir de los datos que de todo tipo puede prestar la arqueología, que contribuye a veces en proporciones muy destacadas al reconocimiento de la vida de las sociedades que tratan de conocerse de *una manera total*, tal como la investigación histórica ahora se concibe; de modo que en algunos casos viene a ser fuente única de la historia (como en el período prehistórico), cuando las fuentes escritas no existen, y complementaria en grado muy notable aún en épocas en que estas fuentes escritas pudieran ser la base fundamental para el desarrollo de su historia, caso de la etapa medieval, en donde aunque existan en relativa abundancia (documentos religiosos, reales, nobiliarios, contratos, fueros, crónicas, etc.) dejan al descubierto, como es natural, un espacio grande de hechos históricos —aunque puedan por algunos todavía considerarse «pequeña historia»— que complementan precisamente esa *totalidad* que ahora exigimos en un estudio histórico. Y si los documentos escritos no entregan —como consecuencia también del análisis metodológico y exhaustivo con que ahora pueden ya descomponerse—, datos fundamentales para la estructura general de determinada época o circunstancia parcial histórica, la aportación de los testimonios objetivos y cronológicos que los trabajos arqueológicos ofrecen sería demencial desaprovecharlos cuando a veces, como sabemos los que nos ocupamos de la Edad Media, los datos documentales pueden ser tan escasos o tan fríos que, sobre todo para la Alta Edad Media, resultan casi exasperantes sus escasísimas noticias. Ante situaciones tan límites, casi blancas, la comunicación de datos que las excavaciones puedan ofrecernos no es lícito quede sin aprovechamiento, pues muchas veces, y gracias a las excavaciones, podemos vislumbrar, si no los hechos políticos o los acontecimientos sociales, si, al menos, el ambiente humano, las técnicas utili-

(1) Aun cuando las primeras excavaciones científicamente llevadas comienzan en la década del cuarenta y se intensifican en la del cincuenta, la conciencia de una *arqueología medieval* con carácter autónomo aparece con la publicación de la primera revista de este título, la inglesa «Medieval Archaeology», en 1957. Alemania inicia su «Jahrbuch» de la Universidad de Münster en 1967, publicándose la primera revista total de arqueología medieval el «Zeitschrift für Archäologie des Mittelalters» en 1973, y Francia crea su primera revista de arqueología medieval «Archeologie Médiévale» en la Facultad de Letras de Caen, en 1971. Italia inicia su revista «Archeologia Medievale» en 1974.

zadas, el nivel de vida de ciertos estamentos o clases, las cerámicas, las formas de los objetos o instrumentos de trabajo, lo que en general puede ser el desenvolvimiento cotidiano de una sociedad civil o religiosa que pasó sin dejar constancia escrita de sus ocupaciones repetidas y vitales que, por normales y diarias, nunca se consideraron dignas de historiar pero que de hecho, es la mayor parte de la historia, aunque esté indocumentada, y que la arqueología sí que puede llegar a descubrir aunque sea en dosis reducidas pero siempre imprescindibles.

El arqueólogo de la Edad Media no es, como puede creerse, un simple auxiliar del historiador; es preciso que sea él mismo historiador e incluso —si de lo que se trata no es simplemente de historiar las historias, sino de aumentar los datos inéditos para el mejor conocimiento de la sociedad—, es preciso que todo historiador medieval de un determinado y concreto problema sea capaz de poder aprovechar directamente las aportaciones que le pueda dar la arqueología. En este sentido De Boüiard, autor del primer manual serio de arqueología medieval que se ha escrito, publicado en francés en 1975, dice textualmente: «el excavador tiene que ser historiador, sopena de no poder comprender la significación de lo que ha descubierto. Y no podemos objetar correctamente que puede llevar a cabo la excavación, sin perjuicio de someter luego los resultados a la sagacidad de un historiador. Esta división del trabajo, que a veces oímos preconizar, no es admisible bajo ningún aspecto, ya que la interpretación no interviene sólo al final de las operaciones, sino que debe nacer día a día en el mismo corazón de la excavación, engendrando las hipótesis de trabajo que determinarán la orientación de ésta».

Pero no intento en esta ponencia exponer ni plantear la doctrina de lo que debe o no debe ser la arqueología medieval porque esta tarea sobrepasa la finalidad que aquí nos ha reunido. Pero esta problemática general sí que puede ser referida a algún punto de la arqueología de la Edad Media y bien concretamente aquí lo podemos proyectar sobre *los monasterios*, significando, con cuatro ideas y ejemplos, la importancia que para el estudio del desenvolvimiento de la historia monástica pueda tener el método arqueológico y lo que éste viene aportando estos últimos años a mejor conocer lo que en el propio monasterio, en su iglesia, y en el contorno dependiente de estas células vitales de la Edad Media, ha podido suceder.

La comunicación que el trabajo del arqueólogo puede aportar a la historia monacal podríamos deducirla de las direcciones con que la labor arqueológica debe proyectarse, porque ésta no puede estar limitada a la exclusiva excavación o labor subterránea, sino que necesita el complemento del estudio y análisis de las partes conservadas del edificio, de manera que un estudio arqueológico completo de cualquier monasterio precisa recoger exhaustivamente las noticias que puedan proporcionarnos: a) los elementos arquitectónicos, pictóricos y escultóricos conservados; b) los documentos escritos de todo tipo que a él se refieran, y c) los datos de las excavaciones metódicas y continuadas que puedan desarrollarse en el ámbito complejo de toda su estructura, no sólo monumental sino social, en el área de su dominio. Realmente, en estos tres apartados se encierran los tres criterios con que ha ido planteándose desde el siglo pasado el interés por los monumentos medievales: criterio artístico,

histórico y arqueológico o de excavación. Por ello el arqueólogo medieval no puede prescindir de ninguna de las tres vías, porque solo la preocupación de utilizarlas todas les puede dar la evidencia de que su investigación afecta en profundidad al deseo bien eminentemente arqueológico de reavivar el pasado, con todas sus interferencias y modalidades, de estos interesantes núcleos de organización en la Edad Media. Prescindiendo de las fuentes escritas, más directamente relacionadas con el trabajo tradicionalmente considerado histórico, el arqueólogo debe de aportar a éste el estudio de los elementos materiales, hasta hace muy poco tiempo desconsiderados (sirva de ejemplo el que entre la relación de fuentes medievales de Van Caenegem, relacionadas en su obra publicada en 1964 no incluye las fuentes arqueológicas y que realmente hasta 1972 en la obra de Genicot *Typologie des sources du Moyen Age Occidental*, Universidad Católica de Lovaina, no se incluyan estas fuentes, diferenciadas en dos categorías: monumetales (es decir la dirección artística) e industriales (la dirección arqueológica propiamente tal), y recogiendo también las que el llama «fuentes de la naturaleza» y que son las técnicas que la arqueología de campo venía aplicando a la cronología relativa o absoluta (pedología, palinología, dendrocronología y carbono 14, entre otras) (2).

El estudio arqueológico de cualquier monasterio medieval requiere, pues, y en el momento actual, la utilización de todo este tipo de fuentes y técnicas aplicadas para poder explotar al máximo la aportación de noticias o de comunicación, que siempre, por muy miserable que sea el objeto que las proporciona, no por ello dejarán de ser, en último término, datos históricos de enorme validez. La vida de un monasterio, es decir su historia completa, ha quedado manifiesta no sólo en lo que de él se nos relata, o en lo que de él nos queda en su alzado conservado o en su ruina, sino en lo que la tierra encierra como depósito objetivo de la continuidad de su existencia, de sus avatares arquitectónicos, reformas, añadidos, destrucciones, restos de la vajilla cerámica utilizada en sus distintas épocas, instrumentos de labranza, hornos de pan, molinos, vida y habitat de sus colonos o siervos, etc. El campo de ampliación del conocimiento de todo lo que supone aportación arqueológica es inmenso y no nos cabe duda que puesta ya en marcha, como está, la arqueología medieval, lo que ésta puede ofrecernos en los próximos años, cuando las excavaciones de los núcleos monasteriales se vayan progresivamente intensificando, ha de ser, posiblemente, la apertura de panoramas inéditos y nuevos sobre todo en lo que pueda referirse a la cronología, a los sistemas de construcción, al mundo técnico que a su alrededor se desenvolvía, e incluso a la interpretación o variación de los ritos tanto religiosos como sepulcrales. La aplicación del método estratigráfico en cualquier exploración del subsuelo de los monasterios e iglesias es ya norma común (o debería serlo), y debería realizarse con el mismo cuidado y sistema que se utilizan para otro tipo de culturas más antiguas, sobre todo en las proximidades de muros existentes o enterrados, pues es aquí donde, fuera y dentro del edificio, nos puede proporcionar las más concretas dataciones de la historia del monasterio y de sus precedentes, recons-

(2) Ver Riu, *Batlle, et alii*: Textos comentados de época medieval (siglos V al XII). 1975, pp. 7-8.

trucciones, períodos de abandono, etc. Como la secuencia de la cerámica medieval va siendo poco a poco conocida, aún cuando queden aún períodos de muy difícil concreción, ella nos puede dar no solo cronologías fijas o aproximadas sino también puede ir contribuyendo al establecimiento de tipologías, decoraciones, pastas, etc. para otras excavaciones similares.

La ventaja de la arqueología medieval en los monasterios, en relación con otro tipo de excavaciones, es que los propios edificios aún conservados o sus ruinas concretan perfectamente el yacimiento, y aún cuando el monumento haya podido desaparecer por completo las fuentes escritas e incluso la toponimia nos pueden indicar con casi absoluta precisión su localización. Así, por ejemplo, nos fue fácil a nosotros determinar la situación de las ermitas que circundaban el complejo monasterial de Santo Toribio de Liébana, pues un grabado del siglo XVIII las fijaba en un paisaje un tanto imaginario, pero en puntos auténticos en relación con el monasterio, y la tradición conocía los parajes todavía con el mismo nombre de las ermitas. Estas habían desaparecido pero dejaban vislumbrarse por la acumulación de piedras entre las cagigas y la existencia del cimiento casi aflorando en el terreno. Creemos pues que en la planificación de un estudio arqueológico referente a un determinado monasterio y su dominio territorial debe figurar como primer trabajo el análisis de los cartularios y demás fuentes escritas que puedan ofrecer noticias sobre la localización de iglesias y monasterios sufragáneos determinándonos así puntos seguros para una inicial proyección y la subsiguiente excavación del yacimiento. Las perspectivas que la arqueología ofrece para la historia monasterial son infinitas y apenas podemos decir que han sido iniciadas, pues al lado del propio edificio religioso existió el complejo habitable de los monjes casi por lo general desaparecido, demolido o arruinado. En nuestras excavaciones en el monasterio de Piasca, en la misma región lebaniega, pudimos dar con cimentaciones diversas de muros correspondientes a las habitaciones monasteriales que sin duda en un futuro deberán proseguirse con intensidad y continuidad, pues el descubrimiento de todo un complejo monasterial, por pequeño que sea, se transforma en una excavación prolongada en el tiempo y en el espacio que sólo cuando los equipos de arqueólogos medievales y las consignaciones del estado aumenten en proporciones considerables podrán llevarse a cabo en su totalidad. Por esta razón en ningún país todavía se ha planteado una tarea seria y total de la excavación exhaustiva de un monasterio. En muchos de éstos se han efectuado trabajos localizados para descubrir éste o aquél problema constructivo o cronológico, pero aún no creo que se ha conseguido, como en la arqueología clásica, el establecimiento de canteras arqueológicas permanentes en vista a la continuidad, durante generaciones, de una tarea científica que pueda explotar al máximo las posibilidades de conocimiento que la arqueología es capaz de ofrecernos.

De todas formas, en algunos casos concretos y en algunos países en donde la arqueología medieval está más desarrollada, existen monasterios y abadías a las que se han dedicado ya varios años de excavación, y estos trabajos han determinado deducciones importantes sobre todo en el aspecto de la fijación y conocimiento de sus plantas primitivas. La abadías cistercienses han sido en esto bastante preferidas. Así por ejemplo, en

la Abadía de Himmerod, en Renania, se trabaja desde 1951 y las excavaciones han podido determinar el plano de la cabecera de la primera iglesia románica de hacia 1145, debajo de otra iglesia y monasterio posterior del siglo XVIII. El descubrimiento de esta cabecera determinó que su excavador, Esser, llegase a constatar que todas las iglesias abadías fundadas por San Bernardo reproducían el plano de la iglesia de Clairvaux edificada entre 1135 y 1145, denominando a este tipo de planta con capillas cuadradas «plano bernardino». Anselme Dimier ha excavado en Francia varias abadías cistercienses entre las que destacan Foigny, en la que se trabaja ya desde 1959, con plano bernardino; Igny, fundada en 1126; Trois-Fontaines, donde también se pusieron al descubierto los cimientos de su cabecera, etc. También Alemania ha explorado arqueológicamente alguno de sus monasterios cistercienses, como *Altzella*, con excavaciones que empezaron en 1953, dirigidas por Tscheschner, que puso al descubierto una planta de cabecera benedictina con ábsides semicirculares escalonados que, según Enlart, es el tipo de bastantes iglesias benedictinas edificadas en los siglos XI y XII y fue adoptado por los cistercienses sólo en algunas iglesias, como esta de *Altzella*, en Alemania. Y Bélgica a partir de 1949 ya excavaba en la abadía cisterciense de Les Dunes, con cabecera de cinco paños, tal como vemos nosotros en monasterios de finales del XII y comienzos del XIII como San Andrés de Arroyo o Santa María de Aguilar.

Pero la comunicación arqueológica de un monasterio no se acaba, con ser mucho, con el interior y el contorno del edificio. Un monasterio medieval, como sabemos, es todo un mundo de influencias y de irradiaciones que alcanzan, como hemos indicado, a otros pequeños monasterios e iglesias de él dependientes. En Francia, por ejemplo, se conocen varias granjas o graneros situados en su dominio, que se crean sobre todo por cistercienses, premostratenses y benedictinos a partir del siglo XII. En España sin duda también existieron, pero no se han estudiado ni seguramente localizado. En la toponimia se mantienen algunas, caso por ejemplo en lo que a mi más directamente me toca, los nombres de granja de Villalain con restos desaparecidos de iglesia románica, o la granja de Villalain con restos desaparecidos de iglesia románica, o la granja de tivo todavía es la conservación total en el pueblo de Frontada, en dominio sin duda del monasterio premostratense de Santa María de Aguilar, de un edificio románico que ya publiqué en mi obra sobre el románico palentino, de planta rectangular, que en el pueblo seguían llamándole «el granero» y que entonces dudé de que este hubiese sido su primitivo destino y ahora pienso que casi con seguridad fue uno de estos «graneros» dependientes del monasterio de Aguilar.

Pero junto a los datos innumerables que el arqueólogo medieval puede sacar de la excavación de un monasterio, su trabajo debe completarse con un estudio arqueológico de los elementos arquitectónicos, escultóricos o pictóricos que todavía conserva. Pudiera parecer ésta una dirección artística y por ello reservada a los historiadores del arte, pero creo que ya no se discute que existen dos visiones distintas y dos tratamientos frente a una obra incluíble en las llamadas «artes figurativas»: la visión estética, subjetiva y calificadora y la visión arqueológica, desmenuzadora de pormenores, mucho más analítica, y dirigida sobre todo a la recomposición de la vida y de las actitudes de las generaciones en estudio. Los

critérios con los que el arqueólogo trabaja en este sentido, mucho más técnicos y exhaustivos, le permitirán sacar deducciones de la calidad de la piedra, del enducido, del tipo de talla, de la composición de pilares, etc. que el historiador del arte no suele aprovechar. Las comparaciones estilísticas llevadas con métodos arqueológicos servirán por ejemplo a Marcel Durliat para determinar la influencia narbonense (mediterránea) en los capiteles románicos de San Pedro de Roda sobrepuesta a otra más antigua califal. El registro minucioso que todo arqueólogo sabe llevar sobre las estructuras conservadas de un monasterio o iglesia permitirán también el descubrimiento de posibles pinturas o esculturas cubiertas por enducidos posteriores o clausuradas por muros, puertas muradas, etc. como el hallazgo, por poner un ejemplo, del tímpano y dintel románicos de la catedral de Valence, en Francia, o la pintura de Saimt-Saviih-sur-Gartempe en el mismo país. Continuamente las labores de restauración de monumentos ofrecen posibilidades a los arqueólogos de repetir descubrimientos de este tipo y de aplicar las técnicas precisas para su mejor salvamiento.

Por otra parte, las vicisitudes que los monasterios han sufrido con el paso de los tiempos sólo pueden recomponerse, como hemos visto, por métodos arqueológicos. Es significativo en este caso, y también por ejemplo, la frecuente destrucción de puertas más o menos monumentales o claustros que las necesidades constructivas o prácticas obligaron a demontar y que muy frecuentemente llevó a sus elementos a ser reutilizados o enterrados, siendo sólo la excavación la que puede volverlos a recuperar. Sirva de muestra, entre otros muchos, las esculturas carátidas del claustro de Notre Dame-en-Vaux (Chalons sur Marne) salvadas por la arqueología en excavaciones de Pressouyré, en 1963, y que han permitido recomponer parte de este bellissimo claustro románico de finales del XII; o el hallazgo de las cabezas de estatuas columnas del portal de Santa Ana de Notre Dame de París, halladas en 1977; o en algo que tenemos más cerca: los elementos escultóricos de la vieja y monumental puerta románica de finales del XII que existió en el monasterio de Santillana y que fueron hallados boca abajo en el pavimento del claustro. La labor del arqueólogo para la recomposición de situaciones anteriores a la vida del monasterio también resulta imprescindible en casos como la devolución de esculturas a su primitivo emplazamiento, o de pilas bautismales que ocupan lugares impropios, o de capiteles trasladados en momentos de ruina, sarcófagos, etc. Igual podemos decir en lo que se refiere al estudio de los enterramientos y sus diversos posibles ritos y tipos que se han podido suceder a lo largo de su existencia. La excavación arqueológica es la única que puede determinarnos, fuera y dentro del monumento monasterial, la secuencia a veces estratigráfica de las sepulturas. Ella permite asegurar los precedentes culturales o religiosos sobre los que se edificó el monasterio. Casi siempre éste se levanta sobre un suelo arqueológico más antiguo: villa romana, necrópolis paleo-cristiana o visigoda, necrópolis inicial de repoblación, etc. por referirnos a España, y una excavación bien llevada puede darnos estratos de fácil determinación por el análisis de las cerámicas o por la tipología de las sepulturas sobrepuestas, determinándonos tradiciones anteriores que tuvieron especial significación para la elección del lugar donde el monasterio se construye, y todo

esto, sin duda, son datos históricos de enorme importancia, que corroboran el interés de comunicación que la arqueología medieval puede proporcionar.

Añadamos a estas aportaciones que venimos señalando las derivadas de aquéllas que la epigrafía y la numismática medieval nos ofrecen a los arqueólogos. En muchas iglesias y monasterios no estudiados aún convenientemente existe una riqueza epigráfica que puede ser explotada, y aún mayor la que excavaciones futuras pueden aportar. Estas constataciones epigráficas resultan esencialmente positivas en el aspecto cronológico. Todavía no está suficientemente estudiada la ingente variedad de las inscripciones medievales como para poder determinar por el tipo de letra una cronología veraz. Yo he intentado en los estudios de los románicos de Palencia y Santander establecer unos cuadros evolutivos de las grafías epigráficas románicas en esas dos provincias y en ellos pueden verse unas variaciones indudables que me han permitido, al menos aproximativamente, fijar algunas dataciones en edificios no fechados. Es este un campo todavía por cultivar adecuadamente y bien digno de una tesis doctoral que recoja el conjunto de las inscripciones románicas del país. Supuestas cronologías de grupos escultóricos románicos considerados como viejos o al revés— pueden ser rectificadas con sólo apurar el estudio y el análisis comparativo de sus inscripciones. Lo mismo sucede con las inscripciones de sarcófagos que aparecen en excavaciones, fechados o no; la epigrafía puede establecer secuencias entre los fechados y colocar los no datados en el lugar correspondiente de acuerdo con el estudio de las formas y rasgos de sus letras o abreviaturas de éstas. Y este es un trabajo básicamente arqueológico, pues aunque pueda haber concomitancias, son muy distintos los campos de la epigrafía y de la paleografía.

También la numismática, más conocida y estudiada en conjunto, y con una fijaciones cronológicas firmes puede, al igual que en la arqueología del mundo clásico, servir de pauta para determinadas dataciones postquem y antequem en hallazgos estratigráficos seguros que permiten en algunos casos el conocer el momento más o menos concreto de la colocación de los cimientos de iglesias, monasterios y sepulturas, así como la fechación del habitat dependientes o no del señorío y la amplitud de su vigencia.

Finalmente la cerámica, apoyo constante y seguro de toda la arqueología a partir del neolítico, juega —y puede jugar sobre todo en el futuro— un papel primordial en el trabajo del arqueólogo medieval. Si a veces no es difícil realizar excavaciones en donde no aparecen testimonios epigráficos o numismáticos, como suele suceder en monasterios anteriores al siglo XI, o que aparezcan en proporciones tan escasas como para que su ayuda sea inapreciable, la cerámica suele siempre existir en abundancia allí donde haya habido una agrupación humana por deducida que sea, temporal o especialmente. Pero la arqueología medieval necesita todavía trabajar mucho para que en este aspecto pueda colocarse al nivel de posibilidades de datación que existen ya para las cerámicas clásicas. El estudio de la cerámica medieval está empezando, incluso en países que han realizado investigaciones más abundantes y desde hace más tiempo, como Francia, Alemania, Bélgica o Checoslovaquia y más

particularmente Inglaterra (3), sobre todo en lo que se refiere al mundo anterior al siglo XIII. Pero la dificultad de un conocimiento profundo de estas cerámicas no está sólo en la falta de excavaciones, sino en la enorme dispersión de los alfares medievales, en contraposición, por ejemplo, con formas localizadas de la sigillata, y en las variaciones de técnicas que la misma descentralización de los hornos produce en la alta Edad Media cristiana europea, aún cuando exista una indudable característica común sobre todo en pastas y decoraciones, aunque en principio, si bien con precisas investigaciones más profundas, no parezca percibirse una evolución muy definida desde los siglos VIII al XII, sin duda porque las estratigrafías suelen ser de niveles menos densos y ello dificulta la determinación de variaciones precisas. No podemos detenernos en esta breve ponencia en el análisis de la cerámica cristiana medieval que conocemos. Nuestras excavaciones en monasterios, necrópolis y poblados de la región nor-castellana, unida a las realizadas por Castillo y su equipo, de Zozaya, Balaguer, Riu, etc., son, creo, las pocas cosas que en este aspecto se vienen haciendo en España. Algo, aunque poco, es, como principio. No cabe duda que las futuras generaciones, que se van formando, irán concretando y aclarando los problemas, cuando las excavaciones se dirijan con mucha mayor existencia que lo que hasta ahora se viene haciendo hacia nuestros monasterios, excavándolos con detenimiento y extensión, y hacia los poblados y necrópolis. Sabemos que por ejemplo, en lo que a monasterios se refiere, hay proyectados para este año excavaciones en Santa Cruz de Juarros (Burgos), dirigidas por Fernández de la Casa; en Iria, Flavia, por Chamoso Lamas; en Santa María de Ripoll, por Ripoll; en el monasterio de Sahagún, por Martínez Rodríguez, y Santa María de Aguilar de Campoo que, iniciadas por Caballero, parece proseguirán este año bajo la dirección de Retuerce y Matesanz. Poquísimo, desde luego, si lo comparamos con el gran número —aunque relativo— de yacimientos que de otras épocas van a estudiarse. Si la investigación de documentos medievales, cartularios, pergaminos, etc. están diariamente realizándose en nuestros archivos, los trabajos arqueológicos medievales, fuente de comunicación imprescindible para completar el conocimiento serio de nuestra historia, deberían tener un planteamiento más extenso y ordenado. Creo que ha llegado el momento (Toledo ha marcado este año la pauta) de iniciar congresos bianuales de arqueología medieval y, sobre todo, para que todos sepamos a su tiempo los resultados de las investigaciones que se llevan a cabo, la creación de una revista de arqueología medieval para al menos ponernos un poco en línea con otros países que la crearon ya desde hace más de diez años y en algunos casos, como Inglaterra, desde 1957. Estimo que una política de reavivación de la arqueología medieval ha de pasar por una toma seria de conciencia de lo que ella representa en el conocimiento de la historia en sus muy diferentes ámbitos de manifestarse y en los que puede ser capaz de contribuir, pues no sólo hemos de esperar de ella comunicación monumental, cronológica o técnica, sino que puede sernos de gran utilidad para cuestiones demográficas, rurales, urbanas, religiosas, etc. La tarea por hacer está casi virgen y por lo que específicamente se refiere al mundo monasterial hispánico, la cantera de información es prácticamente inagotable.

(3) JOHN MUSTY: *Medieval pottery kilns*, publica en «Medieval Pottery... Londres, 1974 (nota de Riu, p. 473), el estudio tipológico de unos 500 hornos medievales.